



HOMILÍA DEL SR. OBISPO DE OSMA-SORIA MONS. GERARDO MELGAR VICIOSA

**Homilía en la solemnidad de San Pedro de Osma,
patrono principal de la Diócesis
S. I. Catedral de El Burgo de Osma (Soria) - 2 de agosto de 2011**

Excmo. Cabildo de la S. I. Catedral,
Ilmas. Autoridades,
mis queridos hermanos sacerdotes,
amados hermanos todos:

Celebramos hoy la solemnidad de San Pedro de Osma, patrono de nuestra Diócesis oxomense-soriana. Celebrar la memoria de los santos no es celebrar un recuerdo del pasado, la memoria de alguien cuya vida brilló en su tiempo por la vivencia extraordinaria de unas virtudes cristianas pero que hoy no tiene nada que decir a los creyentes del S XXI. No, hermanos; los santos son siempre testimonios vivos que tienen mucho que decirnos a los creyentes de todos los tiempos. El testimonio de su vida cristiana sigue estando vivo, siendo una llamada a volver nuestra mirada hacia Dios; una llamada a imitarlos; una llamada y un estímulo, en definitiva, para fortalecer nuestra vida como seguidores de Jesucristo, el Señor. Sí, hermanos, ellos son para nosotros llamada, aliento y, a la vez, protectores e intercesores a los que podemos recurrir en nuestras necesidades buscando su ayuda y protección.

Éste es también el caso del santo patrono de nuestra Diócesis de Osma Soria, San Pedro de Osma, cuya memoria hoy nuevamente reavivamos. Él encarna en su vida el Evangelio de tal manera que nos anima a nosotros a imitarlo, a poner en práctica hoy el modo de vida por el que mereció la corona de gloria que no se marchita (cfr. 1 Pe 5, 4).

Sabemos que San Pedro de Osma fue nombrado Obispo de la Sede oxomense en una situación realmente complicada, difícil: acababa de ser liberada de la dominación musulmana, siendo enviado para ser el gran restaurador de la misma. Él fue capaz de restaurar la Diócesis de un modo realmente admirable pues no sólo la recuperó materialmente sino que su gran esfuerzo fue lograr una verdadera restauración de la vida cristiana entre las gentes de estas queridas tierras. En esta tarea trabajó incansablemente lleno de celo pastoral. Los enormes frutos logrados y el éxito de esta difícil empresa restauradora le proporcionaron entre las personas de su tiempo una fama de pastor santo; fama que sobrepasó tanto las fronteras de la misma Diócesis que inmediatamente después de su muerte acudían a su tumba personas de todo tipo de oficio, lugar y condición para implorar su protección y su ayuda.

Su celo pastoral por las almas y su trabajo evangelizador incansable cuestionan hoy nuestra vida cristiana, especialmente la llamada divina a

testimoniar nuestra fe. Él, es verdad, tuvo dificultades para lograr que aquel pueblo que pastoreaba se interesara por Jesús para que naciera en ellos el deseo de encontrarse con el auténtico Dios y Señor; tuvo dificultades para que los valores cristianos fueran la norma moral de sus vidas. Sin embargo, con su trabajo incansable, su celo por conquistar las almas de sus diocesanos para Cristo, y la esperanza y confianza puestas en el Señor poco a poco el Señor fue bendiciendo con abundantes frutos la tarea que había puesto en sus manos.

Nosotros, queridos hermanos sacerdotes, queridos cristianos burgenses y de toda la Diócesis, tenemos ante nuestros ojos hoy un desafío actual y urgente: lograr que Cristo y su Evangelio empapen nuestras vidas y las de nuestros coetáneos. Sí, estamos llamados a cristianizar nuestra existencia pues hemos dejado que se vaya paganizando, quizá sin darnos cuenta; a cristianizar realmente las vidas de los bautizados, haciendo que los valores del Evangelio reinen en cada una de nuestras vidas; a cristianizar también nuestros ambientes, en los que tantas veces se prescinde de Dios y su mensaje, por medio de nuestro testimonio creyente.

Si queremos ser de verdad seguidores de Cristo no podemos dejar que los *cantos de sirena* del mundo, que los contra-valores dominantes en la sociedad actual dominen nuestra vida. Es necesario escuchar al Señor y, desde su Palabra y su mensaje, convertir nuestras vidas al estilo de vida de Jesús.

Tenemos, además, un reto muy importante hoy: cristianizar nuestras familias. Poco a poco, hermanos, hemos ido dejando que el barro del mundo se nos haya pegado a nuestros pies; hemos dejado que los criterios del mundo se hayan apoderado de nuestras familias; así, tantas veces seguimos sus criterios y opiniones sobre el concepto de familia, los valores que se han de vivir en ella, etc. Las interpelaciones que el mundo nos presenta son llamadas insistentes y más cómodas, menos comprometidas y menos sacrificadas que las que nos hace nuestra fe. De este modo, como os decía, poco a poco nuestras familias se han ido paganizando, se han ido vaciando de Dios; así Él no tiene un puesto para sentarse a la mesa en nuestros hogares ni el puesto que le corresponde en el corazón de los que los formamos.

Esta descristianización de nuestras familias ha hecho que Dios sea el gran ausente en las mismas, no porque Él no quiera hacerse presente sino porque nosotros nos hemos olvidado de que Él está a nuestro lado y quiere ser el gran sostén y la principal fuerza de nuestros hogares; el *alimento* del amor de los esposos por encima de las diferencias personales; la brújula que orienta y anima nuestros esfuerzos educativos para transmitir la fe de unas generaciones a otras; el Artífice del amor que debe reinar en entre los miembros de la casa; el *sembrador* que suscita en las familias vocaciones sacerdotales y religiosas, y ayuda a los padres a apoyar a los hijos en su respuesta.

Dios tiene mucho que decir y que hacer en nuestras familias, queridos hermanos. Por eso, tenemos que hacer todo lo posible para restaurar, para recuperar los valores auténticos de la familia, Iglesia doméstica, donde se tiene la primera experiencia de amor *a fondo perdido*; la primera experiencia de fe; la

primera y la más importante referencia del valor de la vida religiosa y del comportamiento conforme a la moral cristiana. De este modo, la familia se convierte en la gran referencia de por vida.

Pero, además, nosotros estamos llamados a cristianizar nuestra sociedad, el mundo en el que vivimos. Como a los Apóstoles en su momento, o al gran Pedro de Osma, también el Señor se dirige a todos y cada uno de nosotros para llamarnos por nuestro nombre, mirarnos con verdadero cariño y confiarnos su misma misión. Cada uno de nosotros, personal y comunitariamente, debemos sentirnos llamados a llevar el mensaje del Señor al corazón del mundo, como afirmaba el amado beato Juan Pablo II, para que se convierta en un mundo más solidario y menos egoísta, que mire un poco menos al suelo y mucho más al cielo, descubriendo que sólo desde Dios, desde la fe vivida en la vida de cada día, podemos encontrar sentido y luz a todo cuanto sucede a nuestro alrededor. Incluso esos momentos duros que cada ser humano tiene que vivir en su vida, la fe nos los hace vivir de otra manera; en efecto, podemos estar pasando una mala situación, podemos sufrir ante una desgracia personal o familiar, pero cuando todas las puertas humanas se nos cierran y nuestra vida parece un callejón sin salida, nos queda siempre abierta la ventana de Dios que nos acompaña, que está a nuestro lado queriéndonos, ayudándonos e iluminando todas estas situaciones, haciendo que en nosotros renazca la esperanza.

Queridos sacerdotes y queridos hermanos todos: nuestro santo patrono, San Pedro de Osma, luchó -como hemos referido- por la restauración material y espiritual de nuestra Diócesis y lo logró. Nosotros tenemos algo muy importante que restaurar, nuestras propias vidas, cada uno la suya de acuerdo con el plan de Dios; nuestras familias, para que cumplan la misión fundamental que el Señor les ha confiado; nuestra sociedad y nuestro mundo, para que Dios esté presente y nos haga a todos más humanos, más generosos, más fraternos.

La tarea es grande, importante y urgente. Todos estamos convocados a ella. Empeñémonos en la misión que el Señor nos ha confiado; que el Señor nos conceda la gracia para ser auténticos restauradores de los valores evangélicos en nuestras propias existencias y a nuestro alrededor; así seremos testimonio interpelante para los demás y seremos cauce, con los auxilios divinos, para que el mundo crea en Jesús, se encuentre con Él y se salve. Que así sea.

✠ Mons. Gerardo Melgar Viciosa
Obispo de Osma-Soria